



CATEQUESIS EN EL AÑO JUBILAR EUCARÍSTICO DEL SANTO CÁLIZ



2025 - 2026



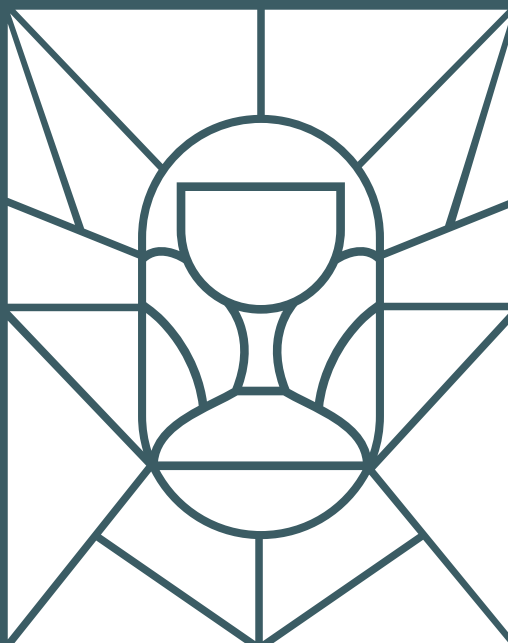
Desde la comisión diocesana del Año Jubilar Eucarístico del Santo Cáliz de Esperanza queremos ofrecer 3 catequesis que nos ayuden a conocer un poco más la importancia de la sagrada reliquia y a poner de relevancia su vinculación con el sacramento de la Eucaristía. Las tres catequesis versan sobre el ritual de la Pascua judía del Seder en el que se inspiró Jesucristo para celebrar la Última Cena con los Apóstoles en el Cenáculo; la historia y recorrido del Santo Cáliz desde Jerusalén hasta Valencia; y la vinculación de nuestra reliquia con el banquete eucarístico. Este material se puede utilizar en la catequesis, colegios, cofradías... y puede ser un elemento pedagógico y devocional que nos ayuden previamente a visitar la Catedral de Valencia para venerar la sagrada reliquia.

Edita:

Arzobispado de Valencia
Valencia · 2026

Diseño y producción gráfica:

walk[think]
www.walkthink.es



VOL. 1



El Santo Cáliz copa
de bendición judía:
el ritual del *Seder*

1. Introducción

Una catequesis sobre el Santo Cáliz de Valencia no puede ser una simple exposición arqueológica: para nosotros, como creyentes, y especialmente para esta archidiócesis de Valencia que lo custodia, este objeto es un vehículo de la memoria sagrada. Es el nexo que nos permite asomarnos al Cenáculo no como espectadores de un pasado remoto, sino como participantes de la “Hora” de Jesús, ese momento en el que el tiempo se abre a la eternidad (Jn 13,1).

Jesús no improvisó su Última Cena. Asumió la liturgia de su pueblo para transformarla desde dentro, dotando a los ritos antiguos de una novedad que solo el Hijo de Dios podía conferir. Entender el Cáliz como “copa de bendición” exige rastrear su huella en la Antigua Alianza, desde el misterio del vino y el sacerdocio de Melquisedec hasta la estructura litúrgica de la Pascua judía.



2. El misterio del vino en el Antiguo Testamento



El vino en la Sagrada Escritura trasciende lo alimenticio para convertirse en un símbolo de extraordinaria densidad que prefigura la Sangre de Cristo.

En primer lugar, el vino es **signo de bendición y de gozo**. El Salmo 104 proclama que el vino “alegra el corazón del hombre”. En la mentalidad bíblica, el vino es el don de la creación que permite al hombre trascender la mera necesidad biológica para entrar en la gratuidad del banquete. Su abundancia es signo de la benevolencia divina (Gn 27,28) y de la paz que Dios otorga a su pueblo; por el contrario, su ausencia es señal de juicio y desierto espiritual (Am 5,11). El vino es, en cierto sentido, la “sangre de la tierra” bendecida.

En segundo lugar, el vino tiene una **dimensión sacrificial**. La expresión “sangre de la uva” (Gn 49,11; Dt 32,14) establece una analogía directa entre el color del vino y el fluido vital. En la liturgia del Templo, el vino era indispensable para las

libaciones que acompañaban los holocaustos (Nm 15,Ge5). Verter vino sobre el altar era un gesto que reconocía que toda vida pertenece al Creador. Esta “sangre” vegetal preparaba pedagógicamente al pueblo para comprender que, en la plenitud de los tiempos, una Sangre verdadera sellaría una Alianza definitiva.

Finalmente, el vino apunta a la **esperanza del banquete final**. El profeta Isaías (25,6) describe la salvación como un convite de vinos selectos ofrecido por el Señor a todos los pueblos en el monte Sión. Beber el vino ritual en la liturgia judía era un ejercicio de esperanza activa: anticipar el descanso final de Dios con su pueblo.

3. Melquisedec

Un elemento importante para comprender el simbolismo del vino es la figura de Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. En Gn 14,18, este misterioso personaje sale al encuentro de Abrahán –que vuelve cansado de un largo combate– ofreciendo “pan y vino”. No se trata de una simple hospitalidad, sino de un acto de culto que prefigura el sacerdocio de Cristo (Sal 110,4).

Como argumenta Hb 7 el sacerdocio de Melquisedec es superior al de Aarón por ser eterno y universal. Mientras que el sacerdocio levítico se basaba en la herencia de sangre y en el sacrificio de animales, Melquisedec ofrece los frutos de la tierra. Aquí se conecta con el **sacrificio de acción de gracias**, que era una ofrenda que unía carne, pan y vino, celebrada por quien había sido rescatado de una situación de muerte.



Imagen generada por Inteligencia Artificial

4. La Cena Pascual: del Éxodo a la época de Jesús



Para entender el uso del Cáliz por parte de Jesús, debemos situarnos en la cena pascual. La palabra hebrea *seder* significa “orden” y designa la secuencia litúrgica de esta celebración, que distaba mucho de ser una cena espontánea. Es importante evitar cualquier anacronismo. El rito había cambiado mucho: la Pascua de Egipto (Ex 12) era un rito de urgencia, tomado de pie y con el bastón en la mano. Sin embargo, en tiempos de Jesús, el ritual se había transformado profundamente. Tenemos pocos datos sobre ello así que los detalles ofrecidos por textos posteriores, por mucho que pudieran contener tradiciones contemporáneas a Jesús, hemos de aceptarlos con prudencia.

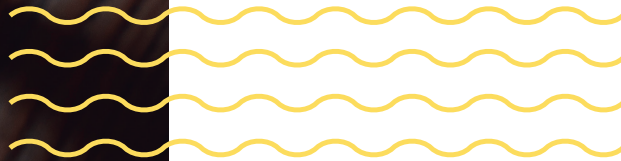
En la época de Jesús, el ritual era una síntesis entre la prescripción bíblica y la cultura del banquete mediterráneo. Bajo la influencia del modelo de banquete del mundo grecorromano, los judíos del siglo I celebraban la Pascua reclinados sobre divanes o alfombras hacia el lado izquierdo, apoyados en

el codo, como signo de su condición de hombres libres (cf. Tabor, J., *The JPS Commentary on the Haggadah*, 2008). Esta postura era esencial: solo los esclavos comían de pie o sentados a toda prisa.

La mesa presentaba probablemente una geografía simbólica precisa. El elemento central era el cordero pascual, sacrificado esa misma tarde en el Templo de Jerusalén. Junto a él, no faltaban los panes ázimos o **Matzah** (el “pan de la aflicción”), las hierbas amargas o **Maror** (como la lechuga romana o las endivias) para recordar la amargura de la esclavitud, y el **Jaróset**, una pasta dulce de frutas y frutos secos que simbolizaba el mortero usado en las construcciones de Egipto. El rito incluiría gestos como el lavatorio de manos (**Urjatz**) y el mojado de vegetales en agua salada, un detalle que los Evangelios recogen en la escena de la traición (cf. Mt 26,23).



El eje de esta cena ya no era solo el cordero: había ido ampliándose la importancia del *memorial*. En la teología judía, el memorial no es un simple recuerdo subjetivo del pasado, sino una acción litúrgica que hace presente el hecho salvífico aquí y ahora. Al celebrar la liberación de Egipto, cada judío debía sentirse como si él mismo estuviera saliendo de la esclavitud en ese instante (cf. Mishná Pesajim 10, 5). Jesús elevará este concepto a su plenitud en la Eucaristía: su memorial no solo recuerda su entrega, sino que la hace realmente presente.



5. Las cuatro copas y los verbos de liberación



En la época de Jesús, aunque el rito del *seder* no estaba tan rígidamente fijado como hoy, la tradición de preparar cuatro copas de vino (mezclado con agua) ya articulaba probablemente el banquete. El uso de estas copas se fundamenta en los cuatro verbos de liberación de Éx 6,6-7.

La **primera copa**, llamada de santificación, corresponde al verbo “Os sacaré de la opresión” (la salida supone una separación o santificación). Con esta copa se bendice el día y se separa de lo profano. La **segunda copa**, la del juicio o liberación, corresponde a “Os libraré de la esclavitud” y acompaña el relato de las maravillas de Dios. La **tercera copa**, la “copa de la bendición”, corresponde a “Os rescataré con brazo tenso” y se toma tras la cena, en el momento de la acción de gracias final. La **cuarta copa**, de la alabanza, corresponde a “Os tomaré como mi pueblo” y representa la culminación de la alianza.

San Lucas confirma el uso de varias copas al mencionar una antes de la cena y al menos otra “después de haber cenado” (Lc 22,17-20).

Aunque la literatura rabínica y los Evangelios hablen de varias copas no debemos imaginar una multitud de copas rituales puestas sobre la mesa. La *copa* era **un único recipiente** que es llenado, bendecido y consumido en diferentes momentos de la liturgia. Esta unidad física del objeto subraya la importancia del Santo Cáliz de Valencia: no es “uno de los cálices”, sino “*el* Cáliz” usado durante toda la cena.

En el siglo I la observancia de las leyes de pureza ritual era extremadamente estricta en Jerusalén. Según la ley judía los objetos de cerámica, si se volvían impuros, debían romperse (cf. Lev 11, 33). Sin embargo, los objetos de piedra tenían el privilegio de ser inmunes a la impureza; nunca se volvían impuros y, por tanto, no requerían ser purificados ni destruidos (cf. *Mishná Kelím* 10,1). Por esta razón, para una cena de tal solemnidad y santidad, era preferible el uso de copas talladas en piedra caliza o piedras semipreciosas (como el ágata cornalina de la reliquia de Valencia), garantizando así la integridad ritual del banquete.

6. La tercera copa y la gran bendición



El momento de la institución de la Eucaristía coincide con la tercera copa, la “copa de la bendición”. Esta copa –la segunda que menciona Lucas– se bebía inmediatamente después de la solemne oración de acción de gracias que el padre de familia pronunciaba al terminar de comer.

Es esencial fijarse en el texto de san Pablo: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?” (1 Cor 10,16). Pablo utiliza el nombre específico hebreo traducido al griego, la “copa de bendición”, lo que indica que la Iglesia primitiva identificaba el Cáliz de Cristo con esta tercera copa pascual. Jesús toma esta copa, que ya celebraba el rescate divino con “brazo tenso”, y le otorga un contenido nuevo. La bendición hebrea se convierte en la Acción de Gracias suprema, la Eucaristía. Al decir “Este es el Cáliz de mi Sangre”, Jesús está afirmando que el rescate anunciado por Dios ya no se hace con sangre de corderos, sino con su propia vida.

7. La Pascua de Cristo



Uno de los problemas más complejos de la exégesis del Nuevo Testamento es la discrepancia cronológica entre los Evangelios Sinópticos y San Juan. Esta no es una cuestión menor, pues define la naturaleza misma de lo que sucedió en el Cenáculo.

Los Evangelios Sinópticos (Mt, Mc, Lc) presentan la Cena claramente como una comida pascual legal, celebrada al anochecer del 14 al 15 de **Nisán** (el mes de la Pascua). Por el contrario, San Juan sitúa la muerte de Jesús “en la víspera de la Pascua” (Jn 19,14), es decir, el mediodía del 14 de Nisán, cuando los corderos eran sacrificados en el Templo. Si seguimos a Juan, la Cena de Jesús ocurrió el 13 de Nisán y, por tanto, no pudo ser un *seder* legal.

Benedicto XVI, siguiendo las investigaciones de Annie Jaubert y otros, pero dándoles un giro teológico definitivo, sostiene que la cronología de Juan es históricamente más exacta: Jesús murió a la hora

de los corderos, siendo Él el verdadero Cordero. Pero entonces, ¿qué celebró Jesús? Benedicto XVI propone que Jesús celebró una “**Pascua Nueva**” (cf. *Jesús de Nazaret II*, pp. 124-135).

Ante la inminencia de su muerte, Jesús no espera al rito oficial del Templo. Celebra una cena de despedida que está imbuida de la forma de la Pascua, pero con una novedad radical: **en la mesa no hay cordero**.

Al no haber cordero, el centro del sacrificio se desplaza. Jesús sustituye al cordero con su propia persona: él es el Verdadero Cordero Aquí es donde el uso del Cáliz adquiere su máximo relieve: ya no es un mero ritual que acompaña a la carne del cordero; el Cáliz es ahora el receptáculo de la Sangre de la Víctima. En esta “Pascua de Jesús”, el Cáliz de la Bendición judío se convierte en el Cáliz de la Alianza Nueva porque Jesús ha decidido “pascualizar” su propia muerte anticipadamente. El Santo Cáliz de Valencia es testigo de este momento en que el vino deja de ser signo para ser Presencia.

8. La cuarta copa y la consumación en la Cruz

Un aspecto dramático es que la cena en el Cenáculo quedó litúrgicamente interrumpida. El ritual debía terminar con una cuarta copa tras el canto del Hallel (los salmos de alabanza 113-118). Sin embargo, los Evangelios señalan que, tras el himno, salieron directamente hacia el monte de los Olivos sin mencionar que bebieran la última copa (Mt 26,30; Mc 14,26).

Jesús retoma el simbolismo de la copa en Getsemaní: “Padre, que pase de mí este Cáliz” (Mt 26,39). El sacrificio iniciado en la mesa no se consuma hasta que Jesús, en la Cruz, pide de beber. Al probar el vino amargo y exclamar “Todo está cumplido” (Jn 19,28-30), Jesús está bebiendo la cuarta copa, la de la aceptación total. En ese instante, la Pascua antigua queda clausurada y la Nueva queda abierta para siempre. La cena y la cruz son, en realidad, un solo acto litúrgico: la entrega total del Hijo para “tomarnos como pueblo”.



9. El Cáliz de Valencia: memoria y presencia

El Santo Cáliz que custodiamos en Valencia es el testimonio material de esta historia sagrada. Es un objeto que recibió el aliento de Cristo y fue elevado por sus manos. Su existencia nos recuerda que nuestra fe no es una filosofía, sino un acontecimiento histórico en el que Dios interviene.

El Cáliz es el signo tangible de una Alianza que ya no se escribe en tablas de piedra, sino en el corazón humano a través de la Sangre del Señor.

La redención no es un concepto. Al participar en la Eucaristía bebemos de la misma alianza que Jesús selló en aquella noche dramática.

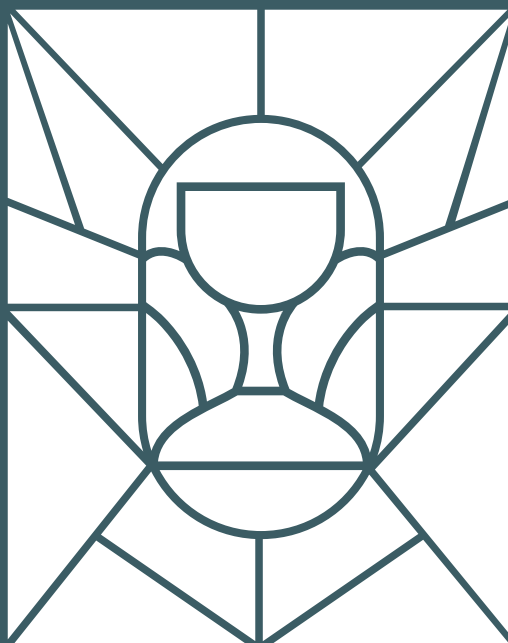
Miremos este Cáliz con asombro. Somos el pueblo de la Nueva Alianza, el pueblo que ha sido rescatado y que ahora vive de la Sangre del Cordero. Que cada vez que nos acerquemos al altar, recordemos que en ese Cáliz se contiene no solo el vino consagrado, sino nuestra propia salvación.



10. Unas preguntas para la reflexión o el diálogo



- La Misa no es un recuerdo, sino una actualización. ¿Soy consciente al participar en la Eucaristía de que estoy realmente presente en la “Hora” de Jesús?
- Los judíos comían reclinados como signo de libertad. ¿Vivo mi relación con Cristo desde la libertad y el gozo del rescatado, o todavía desde el miedo o la rutina del esclavo?
- Si el Cáliz debió ser de piedra para preservar la pureza ritual, ¿cómo cuido yo la “pureza” de mi propio corazón para ser un recipiente digno de la gracia de Dios?
- Jesús celebró una Pascua sin cordero porque Él era el Cordero. ¿De qué manera me entrego yo como “víctima viva” unida a Cristo en los sacrificios diarios de mi vida?
- ¿Siento que la Eucaristía es la respuesta definitiva al anhelo de Dios de estar cerca de su pueblo?
- Jesús no terminó la cena en la mesa, sino en la Cruz. ¿Soy capaz de mantener mi “sí” a Dios cuando el Cáliz que me toca beber se vuelve amargo o difícil?
- En Valencia custodiamos esta reliquia. Como miembros de esta Iglesia local, ¿cómo podemos transmitir a otros el asombro por el misterio de la Eucaristía a partir de este signo material?



VOL. 2



Tradición e historia del
Santo Cáliz:
de Jerusalén a Valencia

Entre los muchos tesoros que guarda la catedral de Valencia el más preciado es un hermoso Cáliz, cuya copa de ágata cornalina, según atestigua una antigua y venerable tradición, fue utilizada por Jesucristo en la Última Cena para consagrar su propia sangre.

La tradición laurenciana



La historia de esta insigne reliquia es desconocida hasta agosto de 1399, cuando el rey de Aragón Martín I el Humano la pidió al monasterio jaqués de San Juan de la Peña, donde se guardaba. Con anterioridad a esta fecha solo tenemos una piadosa tradición, según la cual san Pedro llevó consigo la copa a Roma y la legó a sus sucesores, lo papas, que la utilizaron para celebrar la Eucaristía; hasta que el año 258, en tiempos del emperador Valeriano, se desencadenó una feroz persecución, que además de acabar con la Iglesia buscaba apoderarse de sus tesoros. Víctima de esta persecución fue el papa Sixto II, pero antes de sufrir martirio ordenó a su diácono san Lorenzo repartir los bienes de la Iglesia romana entre los pobres. El santo obedeció la orden de su obispo,

pero exceptuó del reparto el precioso Cáliz de la Cena, que determinó enviar a su Huesca natal, para testimoniar el amor que sentía por ella.

Según las tradiciones locales oscenses, más tarde el Cáliz fue pasando de Huesca a diferentes lugares del Pirineo aragonés, para salvarlo de la invasión islámica: la cueva de Yebra, San Pedro de Siresa, Santa María de Sásabe, San Pedro de la Sede Real de Bailo, la catedral de Jaca (1044-1076), hasta que llegó finalmente al monasterio de San Juan de la Peña.

La primera vez que encontramos por escrito esta tradición es en el acta de donación de la reliquia por el prior y capítulo monacal de San Juan de la Peña al rey Martín I, estipulada el 26 de septiembre de 1399 en el palacio de la Aljafería de Zaragoza, donde se consignaba la entrega al monarca del *"Cáliz de piedra, en el que Nuestro Señor Jesucristo consagró su preciosísima sangre en su Última Cena, y que san Lorenzo, quien lo tuvo del papa san Sixto [...], envió y dio con una carta suya al monasterio y convento de San Juan de la Peña"*.

Posteriormente, a finales del siglo XVII y durante el XVIII esta tradición fue ampliándose y se adornó con multitud de datos fabulosos en las obras de diversos cronistas, entre las que destaca la del valenciano Agustín Sales, *Disertación histórica, crítica y expositiva del Sagrado Cáliz en que Christo Señor nuestro consagró en la noche de la Cena*, impresa en Valencia el año de 1736, pero todas ellas sin ninguna base histórica, como hizo notar el ilustrado Gregorio Mayans.

¿Qué decir de la tradición que explica la llegada del Santo Cáliz a España a través de san Lorenzo? Que es respetable, es verosímil y pudo ser factible, pero no tiene base histórica cierta ni puede probarse. Como confesaba Joaquín Lorenzo Villanueva en su *Viaje literario a las Iglesias de España*: “No es fácil señalar el modo con que fue trasladada esta santa reliquia desde Jerusalén a Roma, desde donde se cree haberla enviado a España el glorioso mártir S. Lorenzo”.

Así pues, del Santo Cáliz solo tenemos constancia histórica a partir de 1399. Con anterioridad hay casi catorce siglos de silencio histórico, y una piadosa tradición que no es posible probar, aunque se puede aceptar como hipótesis explicativa.





La historia del Santo Cáliz

Como ya hemos dicho, el Santo Cáliz aparece en la historia documental con la petición que Martín I hizo del mismo al monasterio de San Juan de la Peña, demanda que respondía a su interés por transformar la capilla real del palacio de Barcelona en un santuario donde reunir sus reliquias, confiando su cuidado a una comunidad monástica, a imagen de la Sainte Chapelle de los reyes franceses. En su carta el monarca pedía que le enviaran *"el càlcer de piedra con el qual celebrades"*, así como *"la carta del rey qui el dito Cáliz dio al vuestro monasterio"*, lo cual puede hacer alusión al hecho de que en septiembre de 1322 Jaime II encargó a sus embajadores ante el sultán de Babilonia (Egipto), Abul-Fatah Mohammed, rogarle que le enviara *"lo calze en que Jhesu Christ conseqrà lo dia de la Cena"*, pues había oído que estaba en su poder. Pero no consta que el sultán accediese a esta petición, ni que el Cáliz llegara a San Juan de la Peña por esta vía, pues en su entrega a Martín el Humano no se hizo mención de una donación real, sino que se atribuyó a san Lorenzo la llegada del Cáliz al monasterio.

Ante el silencio de la comunidad pinatense a su demanda, el rey envió en septiembre de 1399 a su capellán mayor, el obispo de Atenas, con la misión de reclamarlo de nuevo, por lo que la comunidad finalmente accedió a los deseos del soberano. Por el momento Martín I guardó la reliquia en la capilla de su palacio real de Zaragoza, hasta que el año siguiente ordenó trasladarla a la capilla de Santa Ágata del palacio real de Barcelona, confiando su cuidado a la comunidad de monjes celestinos que había formado allí.

A la muerte del monarca, en 1410, el Cáliz pasó a ser propiedad de su viuda, la reina Margarita de Prades, pero doce años después Alfonso el Magnánimo logró recuperarlo a cambio de una compensación económica, y la preciada reliquia volvió a la capilla real de Barcelona; hasta que, por orden suya, el 6 de abril de 1432 fue trasladada con todo el relicario real a la capilla de Santa Catalina del palacio real de Valencia. Sin embargo, estuvo poco allí, pues el 18 de marzo de 1437 el rey de Navarra, Juan de Aragón, hermano del Magnánimo y su lugarteniente en el reino de Valencia, depositó en la sacristía de la catedral valentina "*lo càlser hon Jesu Crist consagrà lo sanguis lo dijous de la cena*" y otras muchas reliquias, joyas,

ornamentos y cálices, que constituían, prácticamente, la totalidad de las reliquias de la Corona y los objetos de culto de la capilla real.

En el acta que se levantó de la entrega, se aducía como motivo de la misma la muerte del capellán mayor de la capilla real, Antoni Sanç, ante lo cual, para evitar que las reliquias pudieran perderse o ser robadas, el rey de Navarra mandó inventariarlas y que se guardasen en el relicario de la catedral "*per conservació e tuició de aquelles*". Pero, en realidad, se trataba de una prenda o fianza por las cuantiosas sumas de dinero que tanto la ciudad como el cabildo habían entregado al monarca para sufragar sus campañas militares dirigidas a la conquista del reino de Nápoles.

Aunque estas reliquias no fueron donadas a la catedral, sino entregadas en depósito, los siguientes monarcas no las reclamaron, pues no saldaron la deuda; más aun, Fernando II y Carlos I volvieron a utilizarlas como prenda de nuevos préstamos. De modo que el relicario real no volvió a salir de la catedral de Valencia, y allí quedó por vía de hecho, donde todavía se conserva en su mayor parte. Así, desde 1437 el Santo Cáliz permaneció en el relicario de la catedral de Valencia, donde se mostraba a la veneración de los fieles durante la Semana Santa.

La pintura valenciana, a partir de Juan de Juanes, contribuyó a difundir la imagen del Santo Cáliz y la devoción al mismo, por lo que en 1606 san Juan de Ribera instituyó canónicamente la fiesta del Santo Cáliz, a instancias del canónigo Honorato Figuerola, quien legó una importante cantidad de dinero para sufragarla. La festividad se celebraba el 14 de septiembre, pero a partir de 1650 pasó al día de san Mateo, extinguiéndose en el siglo XIX con la desamortización de los bienes eclesiásticos. En la actualidad se celebra el último jueves del mes de octubre, impulsada por su Cofradía y su Real Hermandad.

Hasta el siglo XVIII el Cáliz se utilizó para guardar solemnemente las formas consagradas en el *Monumento del Jueves Santo*, pero el 3 de abril de 1744, al ir a poner el Cáliz sobre el altar, este cayó de las manos del canónigo Vicente Frígola, y se partió en dos mitades, y aunque fue reparado por el maestro platero Luis Vicent, quedaron dos pequeñas grietas, todavía apreciables, y se perdió una pequeña esquirla.

En 1809, con motivo de la guerra del francés, para salvarlo de un posible expolio, el Santo Cáliz fue trasladado por vía marítima a Alicante y

posteriormente volvió a Valencia, desde donde viajó a Ibiza (en 1810) y a Mallorca (en 1812), volviendo a Valencia en 1813.

En el año 1916, a fin de promover su culto público, el Cáliz fue trasladado del relicario a la antigua Sala Capitular de la Seo, actualmente conocida como capilla del Santo Cáliz, permaneciendo expuesto desde entonces de forma permanente a la veneración de los fieles bajo la arcada del antiguo trascoro gótico, que había sido trasladada allí, lo cual contribuyó a que se divulgara su conocimiento, muy reducido mientras permaneció reservado en el relicario de la catedral.

Durante la guerra civil el Cáliz se salvó de la furia iconoclasta gracias a que el 21 de julio de 1936, cuando venían a incendiar la catedral, el canónigo don Elías Olmos lo confió a la señorita María Sabina Suey, quien lo sacó de la catedral envuelto en papel de periódico y lo guardó en un armario de su casa de la calle Avellanas. Posteriormente, ante el temor a los registros (pues durante uno de ellos fue descubierto por un miliciano, que hizo como si no lo hubiera visto), lo llevó al domicilio de su hermano Adolfo, en la calle Pelayo, donde se ocultó en el interior de un sofá; después volvió a la calle Avellanas, y el 9 de junio de 1937 los Suey decidieron trasladarlo a casa de su

bisabuela, en la población de Carlet; lo llevaron de noche y a pie, dentro de una caja de galletas en una cesta, y estuvo escondido en dicha casa en el hueco de una ventana que se tapió, hasta su regreso a Valencia, el 30 de marzo de 1939.

El Jueves Santo 9 de abril de 1939, en un solemne acto celebrado en la Lonja, el Santo Cáliz fue devuelto oficialmente al Cabildo Metropolitano por la Junta Recuperadora del Tesoro Artístico Nacional, aunque dado el mal estado de la Catedral, no regresó a ella hasta el 9 de julio de ese mismo año.

Del 27 de junio al 5 de julio de 1959 el Santo Cáliz viajó a tierras aragonesas, para conmemorar el XVII centenario de su llegada a España, visitando Huesca, el monasterio de San Juan de la Peña, Jaca, Zaragoza y Daroca.



El Santo Cáliz como reliquia de la Pasión



El Santo Cáliz tiene un valor primordial de fe, que va más allá de la historia y de la ciencia; de modo que, aunque esta no pruebe su autenticidad, basta que la arqueología nos diga que concuerda con la época y los usos del tiempo de Jesús, lo cual es suficiente apoyo para la fe, pues si este Cáliz se venera desde antiguo es porque se cree (con la inseguridad que ello implica) que es el Cáliz de la Última Cena.

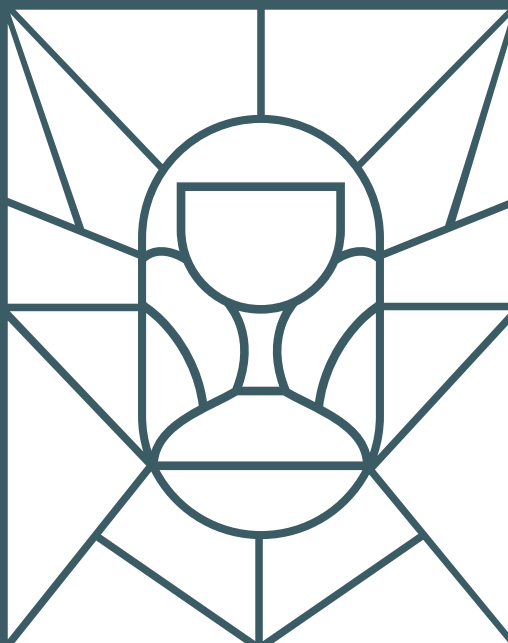
Ante una reliquia la Iglesia pide a la ciencia que le proporcione las “señales legítimas” de su veracidad, para que pueda autorizar su veneración; pero tales evidencias no se reducen a una prueba científica, y puede ser también el hecho de un culto inmemorial y arraigado, como es el caso del Santo Cáliz de Valencia. Así lo reconoció la Santa Sede al conceder en el año 2014 a la archidiócesis de Valencia la celebración de un Año Jubilar quinquenal del Santo Cáliz, lo cual es un importante aval.

Las reliquias cristianas no son objetos sagrados por sí mismos, sino por su relación con Dios, al que remiten. Y en el caso del Santo Cáliz a quien lo contempla con fe le evoca el pasaje evangélico de la Última Cena, donde se dice que Jesús “tomó un Cáliz, pronunció la acción de gracias, y lo pasó [a sus discípulos] diciendo: *Bebed todos, porque ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos para el perdón de los pecados*”. El Santo Cáliz es reliquia de la entrega sacrificial de Cristo, y se le venera por ello, no por su materialidad. Y eso tiene un gran valor religioso, que pusieron de manifiesto los papas san Juan Pablo II y Benedicto XVI al usar este Cáliz para la celebración de la Eucaristía en sus visitas a Valencia en los años 1982 y 2006 respectivamente. Sin esta dimensión de fe el Santo Cáliz no sería más que un interesante objeto arqueológico-artístico, como otros muchos.



Para el diálogo

- ¿Qué valor podemos dar a la tradición que atribuye a san Lorenzo la llegada del Cáliz a España?
- ¿Cuáles son los datos más relevantes de la historia del Santo Cáliz?
- ¿Qué factores y personajes contribuyeron a difundir la imagen y el conocimiento del Santo Cáliz, así como la devoción al mismo?
- ¿Qué argumentos tenemos para poder venerar el Santo Cáliz como reliquia auténtica de Cristo?
- ¿Cuál es el significado religioso del Santo Cáliz como reliquia de la Pasión de Cristo?



VOL. 3



Haced esto en memoria mía.
La Eucaristía:
fuente de esperanza

Introducción

El *Cáliz de la Esperanza* es el lema con el que la archidiócesis de Valencia celebra este *tercer Año Jubilar del Santo Cáliz*. Se unen en él, ofreciendo una sabia continuidad pedagógica, el motivo central del recién clausurado *Jubileo de la esperanza*, con la indudable riqueza espiritual que representa la presencia en Valencia de esta venerada reliquia. Y es que, en verdad, la eucaristía, sacramento de una presencia singular de Jesucristo, que actualiza el misterio de la salvación y nutre el ser de la Iglesia, es un manantial de esperanza cristiana.

Conforme a esta lógica, centraremos esta catequesis en la afirmación que le da título, *La eucaristía: fuente de esperanza*. La exposición se ajustará al siguiente itinerario: 1. La eucaristía es Jesucristo mismo entregado como testamento de vida a la Iglesia; 2. La presencia eucarística de Jesucristo: memoria en los signos de la salvación futura; 3. La eucaristía y la esperanza de una humanidad y un mundo nuevos.



1. La eucaristía es Jesucristo mismo entregado como testamento de vida a la Iglesia



Sabemos bien que la eucaristía nace de la última Cena de Jesús, celebrada con sus discípulos un poco antes de la pascua. Con todo, este dato necesita ser completado para que podamos hacernos una idea más ajustada de su significado.

No se llega a entender bien la Cena de despedida de Jesús sin conectarla con su ministerio público. Es decir, sin tener en cuenta la trayectoria vital del Nazareno, marcada por la predicación y la actuación en pro del Reino de Dios. Este Reino no es “algo”, sino Dios mismo ofreciéndose activamente (reinando) como proyecto de salvación definitivo para todos. Conforme a esto, el Reino de Dios tiene su máximo activo en Jesús de Nazaret, ya que es el Hijo de Dios encarnado. Esta es la razón por la que, tras la pascua, la Iglesia naciente, que confiesa la identidad mesiánico-filial de Jesús, no predicará el Reino, como hacía su Maestro, sino a Jesucristo, personificación real de ese Reino. Reino de Dios y Jesucristo, por lo tanto, son intercambiables en la buena noticia cristiana.

Desde el inicio de la actividad ministerial tras su bautismo en el Jordán, Jesús de Nazaret comprende su misión como un servicio a la causa del Reino. Un servicio que realiza con obras y palabras. Jesús, por eso, es el servidor del Reino de Dios (*no ha venido para ser servido, sino para servir*, cf. Mt 20,28).

Por otra parte, la imagen preferida por Jesús para dar a conocer el Reino es la del banquete. Sobre todo, en la predicación parabólica (*el Reino de Dios se parece a un banquete de bodas...* cf. Mateo 22, 2). Pero, además de predicar, Jesús, cuando participa en comidas, aprovecha la oportunidad para “practicar” lo que enseña. El Reino, explica Jesús, es gratuito, universal (aunque tiene como destinatarios predilectos a los pobres, cf. Mateo 5, 3), presente y futuro y, del lado humano, reclama una acogida en la fe que conlleva la conversión. Según esto, el Nazareno, invitado a comer, muestra *in situ*, sin reparos y ante la gente que le invita, los rasgos característicos del Reino, que se hacen visibles en su acogida de personas pecadoras, a las que, facilitándoles un lugar en

la comida, las introduce *de facto* en el Reino de Dios (cf. Lc 7,36-50). Palabra y práctica van de la mano en la existencia de Jesús.

La Última Cena es una culminación consecuente de este servicio al banquete del Reino por parte de Jesús. No es extraño que Lucas incluya en este momento una enseñanza en torno al servicio (cf. 22, 24-27) o que el evangelista Juan coloque en ese contexto otro gesto de servicio radical, el lavatorio de pies (cf. Juan 13, 1-10).

La Última Cena, en este sentido, es como un compendio de la vida del Nazareno y de su misión que, además, tiene la virtud de anticipar el servicio postrero que va a realizar a favor del Reino. Si el Reino es Dios ofreciéndose (reinando) como proyecto de salvación definitiva, la entrega confiada hasta el final de Jesús (su muerte y la esperanza del triunfo sobre ella que vislumbra), anticipada simbólicamente en la donación del pan y el Cáliz a sus discípulos, es el servicio clave del Hijo de Dios hecho carne a favor de la humanidad a causa del Reino. Ese pan y ese Cáliz, entregados, son Jesucristo mismo, toda su existencia divino-humana al servicio de la salvación. Por tanto, son prenda y aval del Reino. Además, se ha tener presente

que Jesús ha legado a la Iglesia su cuerpo y su sangre como un testamento de vida, que se valida y actualiza con la reiteración del gesto por parte de los suyos.

En suma, la eucaristía es Jesucristo mismo en toda la riqueza de su ser. Lo cual equivale a decir que la eucaristía es el Reino en cuanto acción salvífica de Dios, en cuanto signo auténtico de su realeza sobre el mundo. La Iglesia ha recibido este regalo para vivir íntimamente unida a su Señor y colaborar con Él, por el Espíritu, en la expansión de esta buena noticia.



La Última Cena, Juan de Juanes, 1555-1562, Museo del Prado

2. La presencia eucarística de Jesucristo: memoria actual en los signos de la salvación futura



La eucaristía es Jesucristo como salvador y salvación, como personificación del Reino de Dios. El Señor ha transmitido a la Iglesia este misterio salvífico. La Iglesia, ahora, celebra el mandato recibido en su nombre. En la celebración se actualiza la salvación. Y esta salvación es Jesucristo de quien la Iglesia, en la eucaristía, se puede nutrir. No hemos de olvidar que la eucaristía es, como el Reino, un banquete en el que el alimento es el mismo Señor. La Iglesia al nutrirse del cuerpo de Cristo en la eucaristía, se recibe a sí misma, pues ella es también cuerpo de Cristo. Eso sí, cuerpo unido a su cabeza (Cristo), que le proporciona el ser y la vida. Hay, pues, una circularidad entre Iglesia y eucaristía, que queda muy bien reflejada en el famoso aforismo: *la Iglesia hace la eucaristía y la eucaristía hace la Iglesia*.

Con todo, esta presencia salvadora de Jesucristo en la eucaristía hay que comprenderla en su hondura. Brota de las palabras de Jesús en la Última Cena (*esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*)

y del mandato de reiterar este legado (*haced esto en memoria mía*). Se actualiza, en consecuencia, en el memorial que la Iglesia revive en cada celebración. Memorial que, gracias al Espíritu, trae al presente la acción salvífica de Cristo concentrada en su entrega pascual (muerte y resurrección). Por eso, hay una presencia singular de Jesucristo en la eucaristía. Una presencia que acontece en el conjunto de la celebración litúrgica, pero que se condensa en la conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor. Esta presencia de Cristo en las especies se ha definido como *verdadera, real y sustancial* (Trento).

Cuestión compleja donde las haya, es la explicación del cómo de esa presencia *verdadera, real y sustancial* del Señor en los signos del pan y del vino. A pesar de ello, se ha de intentar hacer un esfuerzo para acercarse cabalmente a ella. Es aquí, donde la escatología, que mira hacia el futuro, puede echar una mano y, de paso, mostrar cómo la esperanza forma parte nuclear del misterio eucarístico.

Lo que se ve en la celebración eucarística son las especies del pan y del vino. Sin embargo, la fe proclama que allí está el Señor. Con frecuencia, los teólogos se han preguntado de qué manera hay que entender lo que le sucede al ser del pan y del vino para que, estos, manteniendo su apariencia, sin embargo, se conviertan en otra realidad. Puede que la manera de intentarlo, con lógica teológica, sea recordando que, desde la perspectiva de la fe, las cosas no son solo lo que ahora parecen, sino lo que están llamadas a ser en el futuro de Dios. Ese futuro (escatología) ya se ha iniciado con Cristo, muerto y resucitado. Pero ha de llegar a su compleción al final de los tiempos, cuando Él vuelva con poder (segunda venida, *parusía*). En ese momento, sometidas a Él todas las cosas, se las entregará al Padre. De esta forma, Dios será todo en todo (cf. 1 Cor 15,28).

Si se comprenden adecuadamente estas afirmaciones, cabe deducir que creemos y esperamos que Jesucristo (muerto, resucitado, glorificado), el que vino a este mundo, volverá para recapitularlo todo (cf. Ef 1,10). Entonces, las cosas tendrán como ser, como fundamento, a Cristo mismo. Desde esta perspectiva, y con su luz, es sensato

afirmar que lo que acontece en la eucaristía es que, gracias a la palabra dada por Jesucristo y a la acción del Espíritu, el memorial que se celebra no solo trae al presente lo que aconteció ayer, sino que, igualmente, anticipa lo que sucederá en la escatología final, cuando Cristo vuelva y, recapitulándolo todo, sea la verdad de lo creado. En este sentido, la singular presencia eucarística de Cristo es posible porque el que vendrá, viene anticipadamente y se adueña del pan y del vino ofrecidos por la Iglesia y, por esta vía, los hace suyos cristificándolos. De esta manera, confiere al pan y al vino su auténtico ser futuro, aunque lo que ahora se vea en el altar sea todavía la apariencia de este mundo que pasa. La eucaristía, por ende, está claramente atravesada por el dinamismo escatológico que caracteriza al tiempo histórico tras la pascua. En el interior de este particular movimiento (*ya, pero todavía no*) cabe comprender la singular presencia eucarística de Cristo.

En definitiva, la eucaristía hace presente en su memoria celebrativa, por medio de signos, a Jesucristo pasado, presente y futuro de la salvación.

3. La eucaristía y la esperanza de una humanidad y unos cielos nuevos



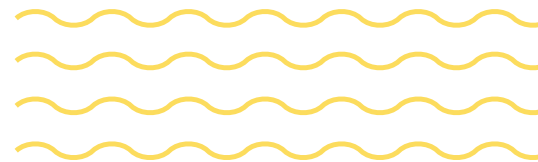
La expectación de lo que sucederá, anticipada en la presencia eucarística de Cristo, manifiesta la relación que cabe establecer entre esperanza y eucaristía. Esta relación la hemos de entender en los términos que dan título a la catequesis, *la eucaristía: fuente de esperanza*.

Según lo que hemos comentado en el apartado anterior, sin la esperanza en la vuelta recapituladora del que murió y resucitó, es difícil comprender la transformación actual del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor. Esto indica que toda nuestra fe, al igual que la eucaristía, está atravesada por un movimiento que mira hacia el mañana definitivo de Jesucristo. La Escritura habla de que esperamos *una tierra y un cielo nuevo* (cf. 2 Pedro 3, 13).

Sin embargo, es obvio que, para la fe cristiana, esa novedad final (que es ecológica, cósmica y universal) no tiene sentido separada de una novedad antropológica. La salvación lo abarca

todo, pero se centra, principalmente, en el ser humano. Por eso, en la eucaristía la esperanza de lo nuevo no solo afecta al pan y al vino. Apunta, finalmente, a la Iglesia que celebra. En efecto, si el Cristo que ha de venir anticipa ya la novedad del mundo futuro en el pan y el vino cristificándolos, es porque, a través de esa novedad, quiere ser el alimento que, recibido, transforme (cristifique), a su vez, la vida de los que lo reciben en el marco de la celebración. En otras palabras, la conversión final que quiere lograr el Cristo eucarístico no es simplemente de cosas, sino, sobre todo, de personas: la transustanciación eucarística lleva a la transustanciación personal y eclesial. Esto lo expresaba bellamente san Agustín, cuando, en el día de pascua, pedía a los nuevos cristianos que, al acercarse a comulgar el cuerpo de Cristo, “fueran lo que iban a recibir”.

La Iglesia, al recibir en el cuerpo eucarístico de Cristo su verdad presente y futura, queda más fuertemente identificada con Aquel a quien



recibe. Este es el sentido de la comunión eucarística que resuelve la celebración. Todo en la eucaristía mira a esa meta final. Gracias a la comunión, la Iglesia puede ser ella misma (cuerpo de Cristo), cumplir su misión y colaborar en el proceso de cristificación del mundo, iniciado en la pascua. Este proceso de cristificación del mundo (tierra y cielo nuevos) avanza también de la mano de la misión universal de la Iglesia.

Esta conexión de la eucaristía con la misión queda de manifiesto en la despedida de la celebración. El *ite missa est* (que no es exactamente, *podéis ir en paz*, sino más bien *id, es el envío*) invita a la comunidad a testificar la verdad celebrada en la vida ordinaria. Se trata de una tarea, de una misión. Esta misión eclesial, que impulsa el Espíritu, estará habitada, lógicamente, por la esperanza de que otro mundo es posible y de que el ser humano puede crecer hasta la estatura de Cristo (cf. Efesios 4, 13). Es decir, estará llena de lo que se ha vivido en la eucaristía: la cristificación de la Iglesia y del pan y del vino. De ahí el valor misionero de la eucaristía. De ahí la esperanza que acompaña toda acción misionera, que será siempre una forma segura de acercar el futuro

de la salvación al presente. Y hemos de reconocer que este acercamiento es muy necesario en el interior de un horizonte humano y social como el nuestro, en el que la esperanza se desvanece y la gente se desilusiona. En este contexto, celebrar la eucaristía es un verdadero reto misionero por los cristianos. A este propósito, conviene no olvidar el lema del recién clausurado jubileo con el que está vinculado este del Santo Cáliz: *peregrinos de la esperanza*.

La eucaristía, en efecto, es una fuente de esperanza para la Iglesia y para el mundo que ha de recibir su misión. Una esperanza que se retroalimenta en ella cada vez que la celebra y que le invita a no replegarse sobre sí misma, sino a desplegarse como *Iglesia en salida*. Seguramente, son cosas que se pueden pensar, orar y compartir a lo largo de este tercer jubileo del Santo Cáliz que, justamente, propone a nuestra consideración el lema: *el Cáliz de la Esperanza*; o, lo que es lo mismo, *la eucaristía de la esperanza*.

Unas preguntas para la reflexión o el diálogo



- ¿Vivo y participo en la Eucaristía como en el banquete del Reino, que me mueve a ponerme al servicio de los demás, especialmente de los más necesitados?
- ¿Soy consciente de que la celebración eucarística, y particularmente de la comunión, es el momento de mayor intimidad y cercanía con Jesús? ¿Cómo lo vivo? ¿Qué efecto produce en mí?
- La celebración eucarística es como una síntesis de la vida de Jesús. ¿Establezco yo un vínculo entre la celebración y mi propia vida, o la vivo como un mero ritual repetitivo en el que participo por costumbre, por obligación o por tradición?
- ¿Acojo la Eucaristía como prenda de la vida futura, que me compromete a transformar el presente con los rasgos de esa Eucaristía?
- La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía. ¿Siento como mi participación en la Eucaristía me compromete a ser piedra viva de la Iglesia y a construirla desde la comunión?
- La Eucaristía también tiene un valor de envío, misionero. Cuando concluyo la celebración ¿vuelvo a mi vida ordinaria en el mismo punto en que la dejé o me siento enviado a hacer presente en mi vida y en el mundo lo que he celebrado, compartido y recibido?



 **AÑO JUBILAR
2025 2026**

